

rraba, y para apremiar los anhelos constantes de la *república de Texas* en favor de su anexión á los Estados Unidos.

Las convenciones celebradas entre esta nación y México para liquidar las reclamaciones, las notas perfectamente razonadas con que México demostraba la serie de atentados permitidos por el gobierno de Washington contra la dignidad de la República, pues que en algunas ciudades de la Unión se proclamaba, en *meetings* públicos, la necesidad de la guerra con México, de la anexión de Texas, y se organizaba una especie de emigración armada hacia esta comarca, lo que todo el talento de Webster no bastaba, no digo á justificar, ni á explicar honradamente siquiera, muestran que en el terreno del derecho internacional nuestra diplomacia batió á la americana constantemente.

Mas los hechos seguían su curso. Tras los auxilios descarados á Texas, auxilios ilícitos, ya se le considerase como un Estado rebelde, ya como una entidad independiente en guerra con una nación amiga, llegó á formularse la cuestión de la anexión, que, si en rigor podía sostenerse como un derecho de parte de los texanos, no lo podía ser de parte de los norte-americanos, sino previo un deslinde de deberes mutuos con nosotros. Calhoun, el rígido sostenedor de los derechos de los Estados en contra de los federales, el Moisés del futuro decálogo separatista, arregló con los texanos, como ministro del presidente Tyler, un tratado de anexión, que el Senado de Washington no aprobó y que estimuló á Inglaterra y Francia, que habían reconocido la independencia de Texas, para ofrecernos su mediación y evitar el atentado. Santa Anna entretanto se disponía á continuar la guerra al expirar el armisticio, lo que nos valió una nota fulminante del plenipotenciario norte-americano, que con rudo candor desenmascaraba la conducta de su gobierno y declaraba que la invasión de Texas sería la guerra con su nación. Así lo sabía el gobierno de México, y con anticipación había declarado que, á la admisión de Texas en la Unión, contestaría México con una declaración de guerra. Todo dependía de la cuestión presidencial en los Estados Unidos; si Polk, el candidato de los demócratas y sudistas, era electo, con su programa de anexión, la lucha era inevitable; si triunfaba Clay, la paz era cierta. Por menos de cuarenta mil votos de diferencia, sobre dos millones y seiscientos mil electores, triunfó el primero. Era nuestra mala estrella; mas una cosa quedó demostrada: que la anexión y la guerra no eran para los Estados Unidos *una causa nacional, sino sudista*.

Mientras se reñía la gran batalla electoral en los Estados Unidos, aquí se agitaba también la cuestión presidencial; mas aquí los comicios eran los campamentos y las urnas electorales los cañones de la guerra civil. Había una nueva constitución, un Congreso constitucional, en que, á pesar de los esfuerzos del gobierno, abundaban los elementos federalistas y reformistas, ante los cuales debía rendir cuentas el omnímodamente facultado presidente; mas no soltaba éste la dictadura: Santa Anna convertía sus cargos en propiedades, le parecía que se degradaba admitiendo responsabilidades, y como Escipión invitando al pueblo á dar gracias en el Capitolio, cuando se le exigían cuentas, el presidente en igual caso recordaba también que había fundado la República en Veracruz y salvado la patria en Tampico. La protesta contra esta conducta era unánime; el hombre del agio, de los préstamos, de los impuestos y de las vejaciones inspiraba repulsión y causaba fatiga inmensa; en Guadalajara, en Querétaro se exigía el cumplimiento del plan de Tacubaya, que imponía al presidente la obligación de dar cuenta de su conducta ante el Congreso, que, como lo dijimos, luchaba por atajar la dictadura.

El general Paredes y Arrillaga, hombre de probidad personal y de suprema improbidad política, garantía viva de las aspiraciones del partido que pretendía que el país anclase en el centralismo y los privilegios, mientras una alianza con alguna nación europea nos ayudaba á salvarnos de los Estados Unidos, aun en cambio de erigir aquí un trono para un príncipe exótico; el general Paredes, carta que estaba en puerta en el naípe político, es decir, en la lucha incesantemente renovada por los honores y los emolumentos, apoyó con una parte del ejército, en Guadalajara, la actitud de la asamblea local, mientras la Cámara de diputados en México manifiestamente simpatizaba con el movimiento. Santa Anna sintió el peligro, y pasando, como solía, del sibaritismo indolente á la actividad febril, agrupó una ó dos divisiones en el centro de la República, dejó al vice-presidente Canalizo, en cuya lealtad de can agradecido confiaba, la misión de vigilar al Congreso, que se empeñaba en someter á la ley al gobierno, y se lanzó por el Bajío, rumbo á los focos de la revuelta, para apagarlos á fuerza de astucia ó á fuerza de sangre.

Sus desmanes en Querétaro provocaron una actitud tan resuelta en un grupo de diputados, que se impuso á la Cámara entera, y que, bajo la dirección del representante Llaca, puso la mano en el freno del corcel desbocado de la dictadura, pues todos comprendieron que llegaba el momento agudo de la crisis. Honor de la todavía informe institución parlamentaria, honor de la tribuna mexicana y de la conciencia de un pueblo que erguía sus cimas en los primeros albores de la libertad política, Llaca encarnó con heroico civismo la protesta inmensa de la indignación, del desprecio, de la vergüenza pública; la Cámara lo siguió; apeló á la fuerza el gobierno y disolvió la Asamblea, que se agarró estoica y rígida á su derecho; la sociedad parecía contener la respiración en presencia del duelo entre la palabra y la espada; fué muy rápido aquello: Valencia se pronunció en la Ciudadela por el plan de Paredes, y en una explosión de indecible entusiasmo, el pueblo, todas las clases que lo formaban, el magnate y el obrero, el clérigo y el guardia cívico, tributaron la más espontánea ovación que la capital presencié jamás, á la Asamblea, que reanudó con varonil y noble serenidad el curso de sus debates. El dictador tenía un ejército aun intacto; se dirigió á la capital, se corrió á Puebla, mientras avanzaba el ejército de Paredes y el suyo se disolvía; luego, fugitivo, cayó prisionero y tomó el camino del destierro. Por ministerio de la ley, como presidente del consejo de Gobierno, y después por elección de la Cámara, el general D. José J. Herrera tomó posesión de la presidencia. Y así concluyó el año de 44.

El Congreso volvió la cara á la cuestión americana, que se presentaba premiosa, solemne y terrible; era una mano calzada de hierro apretando el cuello de una nación flaca y exangüe, una rodilla brutal en el vientre, una boca ávida de morder, destrozando y devorar, hablando de humanidad, de justicia y de derecho. El gobierno del íntegro, del prudente, del patriota general Herrera, aconsejado por Peña y Peña, en quien se aunaban la ciencia y la conciencia, hizo los últimos esfuerzos: un ejército en la frontera, otro á la frontera; un llamamiento á la unión en nombre de la patria amenazada de muerte, una actitud admirable de dignidad y de corrección ante los norte-americanos, pero no hostil al avenimiento, á la transacción, al acuerdo sobre la base de la independencia de Texas; tal era el espectáculo; la sociedad que veía y que pensaba, febril, inquieta, exigente, removida sin cesar por estremecimientos de rabia guerrera, que hacían vacilar á los gobernantes, pidiendo venganza y rehuendo el sacrificio; el dinero escondiéndose, los militares husmeando nuevas

revueltas, la clase rural inerte, ignara, sin afecto al amo que la explotaba, sin espíritu general, sin patria, tal era la realidad.

Apenas comenzaba á funcionar la administración de Herrera, cuando llegó el caso de guerra, señalado por nuestro gobierno; el Congreso y el Ejecutivo aceptaron y sancionaron en Wáshington la anexión de Texas. Nuestro ministro pidió sus pasaportes y quedaron rotas nuestras relaciones con los Estados Unidos, y como el apetito territorial, primera forma del imperialismo actual, se había desarrollado en los grupos del Sur y el Oeste de



D. José Mariano Salas

la Unión, la guerra con México era deseada allá y aceptada aquí por la opinión. El gobierno mexicano maniobró con tino: admitió los buenos oficios del ministro de Francia para intermediar con los texanos, que aun no habían llenado todos los trámites del protocolo de anexión; mas ya era tarde, la convención texana perfeccionó el acto, las fuerzas de los Estados Unidos penetraron en Texas y con el más insigne desprecio del derecho de gentes pasaron el Nueces, límite del nuevo Estado de la Unión, é invadieron el territorio de la nación con la cual no estaban en guerra aún, pretextando que Texas

había considerado siempre que su límite era el Bravo. Con nuestras protestas, se pusieron en marcha nuestras mejores fuerzas; si llegaban á la frontera antes de que el jefe americano Taylor fuese reforzado, podíamos tomar con éxito la ofensiva.

Y no se rehusaba el gobierno, al mismo tiempo que rechazaba al enviado americano con su carácter oficial, á cambiar con él ideas que pudieran servir de base para un posible acuerdo futuro; bien se sabía que el hecho consumado de la anexión no tenía remedio: era ya historia, y había que partir de este punto para llegar á algo que salvase el resto de nuestro amenazado territorio. La presión de la opinión frustraba con su intervención brutal y apasionada las sutiles contemporizaciones de la diplomacia; se necesitaba aquí, no un pueblo enfermo de imaginación, de odio y de miseria, sino robusto y dueño de sí mismo, para dejar á nuestros ministros desmenuzar con notas de cancillería el formidable peligro

que nos amenazaba; ya se había obtenido que, para dar carácter oficial á nuestras conversaciones con el plenipotenciario americano, éste retirase la escuadrilla que amenazaba á Veracruz... Entonces, el general que había sido enviado con nuestros mejores soldados, con nuestros últimos supremos recursos á repeler la invasión, pretextando que el gobierno de Herrera hacía traición á la Patria, cometió la impiedad de volver al corazón de la República la punta de la espada que la confianza de esa patria había puesto en sus manos, y en unión de Valencia, el mejor de los discípulos de Santa Anna, que secundó el movimiento en la capital, derrocó á Herrera en Diciembre de 1845. El gran ciudadano vencido salió del poder sencillamente como había entrado, con el alma llena de angustia patriótica y la frente limpia de manchas y de sombras.

Al saber la caída de Herrera, el gobierno de Wáshington reforzó sus escuadras; ordenó á Taylor avanzar sobre el Bravo, en donde lo esperaban nuestras fuerzas, que no veían llegar los auxilios de Paredes, y después de un nuevo ensayo diplomático de pura forma, pasó la palabra á la fuerza. Entretanto, el hombre que se había hecho reo del crimen político y militar más grande de aquellos tiempos, trataba de organizar una administración equívoca, detrás de la cual todo el mundo adivinaba un complot monárquico, y para sostenerse mantenía á su ejército reunido bajo su mano, en lugar de dispararlo sobre el Bravo.



Saltillo. — Parque «Zaragoza»

Paredes se hizo nombrar presidente con facultades discrecionales, por una asamblea de personas nombradas por él; como era del caso, trató en seguida de convocar un *constituyente*, porque resultó inservible la constitución centralista; lo que no servía era aquel ejército convertido en instrumento de ambiciones étnicas, era la burguesía, tímida ó adulatora y egoísta, era aquel clero que se consideraba superior á la Patria, que dedicaba todo su afán á conservar sus tesoros, que si podía mostrar hombres de excelsa virtud cristiana, era como antítesis de la multitud frailesca ignorante, supersticiosa y corrompida; lo único que servía era el pueblo para ser rabiosamente explotado por todos.

Se formó un grupo ostensiblemente simpático al presidente nuevo, que dirigía con su habitual entereza y talento el señor Alamán, el grupo monárquico, cuyo órgano fué *El*